



ASTROLOGÍA,
POR QUÉ VENUS ES EL AMOR

GUIOMAR EGUILLOR

 SAMARCANDA

Astrología: Por qué Venus es el amor

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2020, respecto a la primera edición en español, por:

© Guiomar Eguíllor

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417672409

ISBN e-book: 9788417672867

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Prólogo

He de decir ante todo que no soy ningún experto en materia astrológica, si bien en mis estudios sobre pensamiento filosófico y religioso antiguo y medieval me he encontrado una y otra vez, por necesidad, con la tradición milenaria de la que procede lo que aún hoy llamamos astrología. Esta tradición fue durante siglos, y hasta milenios, dominante en el conocimiento del cosmos; y en particular en la pretensión de reconocimiento de los posibles influjos de éste sobre caracteres y temperamentos. Todavía en pleno Renacimiento advertimos esa hegemonía del paradigma astrológico, imposible de soslayar si queremos orientarnos en relación a la filosofía, religiosidad y arte de esa época.

A pesar de ser lego en la materia, no creo que me falle el instinto o la intuición si afirmo que este trabajo de Guiomar Eguillor sobre Orígenes del simbolismo astrológico ha asumido una orientación llena de acierto en relación al objeto que pretende examinar. Lo que me hace simpatizar de modo inmediato con este trabajo de Guiomar Eguillor es su toma de posiciones en relación al método.

Se parte de la premisa de que la astrología está hoy, en cierto modo, «bajo sospecha». La gran tentación consiste, entonces,

en quererla «dignificar» mediante diversos expedientes posibles: por ejemplo, conduciendo el cúmulo de información que encierra hacia el ámbito de la psicología; o bien tratando de adaptar, mal que bien, los conocimientos astrológicos en que se funda la astrología a nuestras premisas astrofísicas y cosmológicas.

Guiomar Eguillor evita esas «facilidades», o no se facilita las cosas mediante esas medidas con las cuales, de modo falsificado, quiere «dignificarse» un arsenal de conocimientos tradicionales que no tiene por qué ser cuestionado. Ese arsenal está ahí y «es como es». Se trata, por tanto, de aceptarlo y asumirlo como lo que es: una verdadera enciclopedia de informaciones y conocimientos que debe ser examinada desde dentro.

Frente al modo externo de buscar el sentido de la astrología fuera de su ámbito de pertenencia (en la psicología, en la astrofísica actual o en otros terrenos), Guiomar Eguillor adopta el método más adecuado para alcanzar el conocimiento específico del objeto de su atención: un método inmanente que asume el objeto tal como se presenta y que trata de examinarlo por dentro. Toda vez que ese objeto se muestra bajo la forma de un sistema, se trata de asumir ese carácter e indagar la compleja estructura del mismo, la cual se halla cifrada en las relaciones diferenciales (o «de oposición») de los elementos que lo componen. En este sentido el método estructuralista es adecuado. Es el que puede inducir del mejor modo a ese examen de una estructura cifrada en relaciones de oposición dialéctica entre los miembros que la componen (en el caso del sistema astrológico, las conexiones de las luminarias celestes con los planetas, y de éstos entre sí, según los signos zodiacales).

La dignidad del objeto viene dada por su pertenencia a una amplia tradición que fecundó el pensamiento del pasado de múltiples objetos de gran relevancia religiosa, filosófica y artística, pero cuyas secuelas se hallan todavía presentes en nuestras

sociedades. Quizás, el problema respecto a esa dignidad estriba en el uso actual que pueda hacerse de un «sistema» que en otro tiempo formaba parte del Canon o Paradigma de todo sistema de conocimiento, y que hoy ha sido ampliamente cuestionado. Pero el objeto, como forma que la tradición presenta, sigue vivo, aun cuando se use en ocasiones de forma abusiva o desconsiderada. Y aquí es donde la estrategia de Guiomar Eguillor de aceptar el objeto en la forma misma en que la tradición lo presenta me parece la más adecuada. Es más, esta autora designa con exactitud el carácter y la naturaleza en la cual ese sistema adquiere todo su sentido tanto en su pasado tradicional como en sus secuelas actuales; ese carácter y esa naturaleza son, según la autora de este libro, simbólicos.

Creo que esta denominación es importante: define el campo semántico en el cual ese sistema adquiere significación y sentido. Se trata, entonces, de comprender en su sistematización estructurada el simbolismo que la astrología despliega. En todo símbolo se produce siempre una co-relación. Una co-relación que, como decía Kant, no es directa e inmediata sino «indirecta y analógica». En el caso del sistema astrológico el simbolismo conjuga, de forma «indirecta» y por la vía de la «analogía», las relaciones de semejanza entre objetos celestes (luminarias, astros errantes, sucesión ordenada de signos zodiacales) y ciertos «temperamentos» que se les adscriben, capaces de surtir efectos sobre «humores» y «caracteres» de los seres humanos en función de las constelaciones en que sus vidas y destinos se hallan emplazados.

Esa semejanza abre el ámbito de las relaciones retóricas más conspicuas (metáfora y metonimia, preferentemente); en éstas se da cumplida exposición a esa semejanza. En mi ya viejo libro Metodología del pensamiento mágico hice amplia exposición de todo ello en referencia al llamado «pensamiento mágico» o «salvaje»: un pensamiento que, como dice Levi-Strauss, cons-

tituye una protesta contra el no-sentido mediante su exagerado modo de presentarse como pensamiento totalizador, holista y plenamente sistemático (a diferencia del pensar moderno, «científico», de naturaleza siempre sectorial y «analítica»).

Creo, pues, que el libro de Guiomar Eguillor ha seguido el método más apropiado para que su lectura sea provechosa hoy para un público amplio y cultivado (y no sólo para los adictos a lo que hoy todavía suele entenderse por astrología en su forma más banal y vulgarizada). Y es que la dignidad de un objeto está en su propia naturaleza y condición. Todo intento por «dignificarlo» no hace sino evidenciar su potencial «indignidad» al trasplantar a dicho objeto desde su propio y pertinente domicilio hacia otro ámbito que se supone más «correcto» desde el punto de vista ideológico o gnoseológico. La autora ha conseguido restituir la «dignidad» de la astrología mediante el expediente sencillo e inteligente de asumirla tal como es y de examinarla en su carácter más propio:

su forma simbólica y la sistemática que esa forma presenta, con todo el haz de conexiones de oposición que ese «sistema simbólico» muestra.

EUGENIO TRÍAS

PARTE I
EL «ZODIACO»

Capítulo I

Orígenes del simbolismo astrológico

Orígenes históricos de la astrología

El saber astrológico se remonta a la noche de los tiempos¹.

De hecho, la Astrología constituye uno de los grandes pilares del conocimiento del hombre en el origen mismo de grandes civilizaciones tales como la caldea, la egipcia, la china o la india.

En el nacimiento de nuestra civilización, la civilización sumero-caldea, este saber era desarrollado y guardado celosamente por escuelas astrológicas formadas por familias que lo transmitían secretamente de padres a hijos, escuelas que estaban controladas por la casta sacerdotal de estas antiguas civilizaciones.

Así pues, nuestra Astrología occidental se remonta a los inicios de la cultura mesopotámica. Los griegos hacen suyo este legado

astrológico mesopotámico que les es transmitido por sacerdotes caldeos, como Beroso, que enseñan en las colonias griegas de Asia Menor.

A partir de las colonias griegas en Asia Menor, la Astrología caldeo-griega se expande en 2 direcciones: una rama hacia la India gracias a las conquistas de Alejandro el Grande. Y una segunda rama, hacia Egipto. Este saber egipcio-griego se introduce en la península Ibérica mediante la conquista árabe, y de aquí se transmite a Europa. ²

Es decir que tanto nuestra Astrología occidental como la Astrología india y, quizás en su mayor parte, la egipcia, comparten el mismo origen mesopotámico.

El Zodíaco

El Zodíaco, denominado en nuestra Astrología como Zodíaco Fijo es heredero del mesopotámico tardío³. Este Zodíaco, objetivo de nuestro estudio, está formada por:

- Una división del Zodíaco en 12 signos, a los que se atribuye unas cualidades o esencias.
- Siete astros, el Sol, la Luna y cinco planetas, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.
- La atribución de una esencia concreta a cada uno de estos astros (por ejemplo, se nos dice que Venus es el amor y que Marte es la guerra)
- La indicación de que cada signo se haya bajo el dominio de un determinado astro regente.

- El establecimiento de unas relaciones armoniosas o discrepantes entre unos signos y otros.

Esta combinación de signos y planetas da lugar al «Zodiaco Fijo», prototipo de nuestra Astrología, en el que cada signo ocupa un lugar fijo dentro del orden de sucesión anual y está regido por un planeta determinado. El orden de estos planetas es, asimismo, fijo.

Siglos más tarde, la Tradición occidental establece el privilegio de unas distancias angulares entre los planetas conforme evolucionan a lo largo de sus ciclos, los llamados «aspectos astrológicos», así como la atribución a ellas de unas características concretas. El gran astrónomo Johannes Kepler (finales del s.XVI), también astrólogo, juega un papel determinante en priorizar la relación angular entre los planetas mismos. Mientras que la Tradición tiñe la naturaleza de un planeta por la armonía o desacuerdo entre los signos en que se ubica, no por la distancia entre ellos mismos. Estas relaciones entre signos fueron creadas asimismo por Mesopotamia ⁴.

Y, finalmente, se crea una domificación del tema astral en doce sectores.

